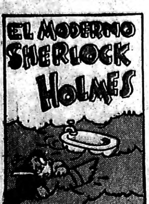
COLOR HISTORIETAS





COLOR PARA NIÑOS

Aparece los Sábados | Suplemento Cómico de CRITICA en Multicolor | Marzo 21 de 1931











LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

por R. DIRKS
Creador de esta historieta



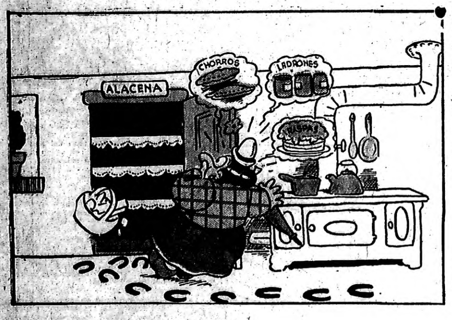






















El Sol y la Vida

El hombre construye su casa. ¿Con qué la edifica? La construye con vigas. Las vigas se hacen de los árboles. ¿Y quién hace a los árboles? El Sol.

La estufa se calienta con leña de los árboles. ¿Quién hace crecer a los árboles? El Sol.

El hombre come pan, patatas. ¿Quién las hace crecer? El Sol.

El hombre se alimenta de carne. ¿Quién nutre a los animales, a los pájaros? La hierba. ¿Y quién hace brotar la hierba? El Sol.

Construimos una casa con piedras, ladrillos y cal. La cal y los ladrillos se cuecen con leña. ¿Quién produce la leña? El Sol.

Todo cuanto el hombre necesita, todo cuanto satisface sus necesidades, es obra del Sol, del calor solar acumulado. El pan es indispensable a todos, porque es producto del Sol y atesora mucho calor solar. El trigo repara las pérdidas de calor de quien lo come.

La madera y las vigas son necesarias, porque conservan el calor. Quien compra leña para el invierno, compra calor solar. Calor solar produce la leña que quemamos a nuestro antojo, en invierno, en nuestra casa.

Y donde hay calor hay movimiento. Y todo movimiento proviene del calor, ya directamente del calor solar, ya del calor que el Sol acumula en el carbón, en la madera, en el trigo, en los pastos.

Los caballos y los bueyes tiran de los carros, de la noria, del arado: el hombre trabaja. ¿Quién les hace moverse? El calor. ¿Y de dónde procede el calor? De lo que han comido. Obra del Sol.

Los molinos de viento o de agua giran y muelen. ¿Quién les impulsa? El calor. ¿Y quién impulsa al agua? El calor también. El convierte el agua en vapor, sin el cual sería imposible la lluvia.

La máquina funciona. El vapor la hace mover. ¿Quién produce el vapor? La madera, que guarda en sí el calor solar.

El calor engendra el movimiento. Y el movimiento engendra el calor. Calor y movimiento proceden del Sol.

León Tolstoi.

Un Enigma

Cierto sabio persa dijo a sus amigos un día:

—De todas las cosas del mundo, ¿cuál es la más larga y la más corta, la más rápida y la más lenta, la más deseada y aquella cuya pérdida se siente más, sin la cual nada se puede hacer, que devora cuánto es pequeño y vivifica todo lo que es grande?

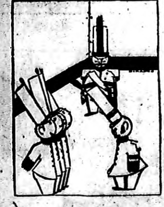
Y nos dijeron que era la fortuna, otros la tierra, y otros la luz.

Pero Zadig, que así se llamaba el sabio, les aseguró que no era sino el Tiempo.

—Nada es tan largo — dijo, — pues que es la medida de la eternidad; nada es más corto, pues nos falta para cumplir todos nuestros proyectos; nada es más lento para quien espera, nada es más rápido para quien disfruta. Llega hasta lo infinito en las cosas grandes y hasta lo infinito en las pequeñas; todos los hombres lo descuidan y todos sienten su pérdida; hunde en el olvido cuanto es indigno de la posteridad e inmortaliza cuanto, por bueno y hermoso, es eterno.



¡Qué Diferencia!



—¿En qué se diferencia un coronel de un soldado?
—En los bigotes.

Un Perfecto Asno

Cuento Arabe

Cierto día un hombre se presentó ante el jefe de su tribu quejándose de haber perdido un asno.

Entonces el Cheik reunió a los de su tribu y les dijo:

—¿Hay alguno entre vosotros que ignore lo que es el placer de la caza? ¿Ha podido alguno de vosotros no conmoverse de gozo al ver una gacela al alcance de su arma? ¿Alguno de vosotros ignora, por ventura, la dicha de ver muerta a sus pies a una pantera, cuyas zarpas podían haberle destrozado? ¿Hay alguno entre vosotros que no haya sentido la dulce emoción oyendo un fragmento de buena música? ¿Alguno de vosotros ha dejado de sentirse transportado al aspirar el perfume de una rosa? Si alguno de vosotros ha cazado sin sentir tal placer, si ha oído música sin experimentar tal emoción, si ha olido una rosa y no ha sentido tal transporte, que lo diga.

Entonces salió un hombre del grupo y se adelantó, diciendo:

—Yo he hecho todo eso que habéis dicho sin experimentar ninguna sensación de las que habéis ponderado.

El Cheik, dirigiéndose entonces al que había perdido su asno, le dijo señalándole al hombre que acababa de hablar:

—Ahí tienes el asno que habías perdido; puedes llevártelo.

Porque, en efecto, existe un proverbio árabe que se encuentra en un libro de caza del emir Ad-el-Kader, y que dice:

"El que nunca ha cazado, ni se ha conmovido al oír una música, ni ha buscado el perfume de la rosa, no es un hombre: es un asno".

Por Qué Murió el Pirata Leonardo Van Kolner Llamado "Pata de Palo"



—¡Acábalo Risko! ¡Acábalo de una vez! — rugía la tripulación.

Van Kolner ha sido asesinado a bordo. La tripulación del "Ricardo VII" envolvió su cuerpo en una funda negra y lo arrojó al mar sin un responso por el descanso de su alma. Este hecho, que a primera vista parecería no tener importancia, constituye una prueba terminante de la antipatía que había despertado Van Kolner entre la gente que lo acompañaba en sus aventuras por el mar.

La tripulación del "Ricardo VII" creía en Dios y en la Cábala. Jamás el barco pirata se hizo a la mar en día martes, aun cuando la demora pudiera acarrearle un grave contratiempo. Sin embargo, a pesar de ser creyentes, ni a uno solo se le ocurrió rezar por el pirata asesinado.

Van Kolner, llamado "Pata de Palo", murió a raíz de una disputa con Risko, el finlandés, segundo del barco desde hacía cinco años. Esto quiere decir que durante un lustro Risko soportó el temporal de los malos humores de Van Kolner, el puntapié matutino y la maldición de todas las noches. Porque Van Kolner, así anduvieran perfectamente sus negocios, vivía en continua irascibilidad. La menor falla, la falta que para cualquiera pasaría inadvertida, para "Pata de Palo" adquiría una gravedad pasible de castigo. Y Van Kolner no era, precisamente, un hombre compasivo, un ser capaz de un asomo de piedad. Todo lo contrario. Parecía un ogro, cejijunto, encorvado por el peso de sus perversidades, siempre en disposición de aplicar una bofetada o, lo que duele más, cincuenta azotes al primero que se atreviera a cortar el hilo de sus pensamientos sombríos.

"Pata de Palo"

El apodo le vino a Van Kolner por su pata de palo. Unos dicen que perdió su pierna en un accidente de ferrocarril, en Hungría, su tierra de origen; otros, aseguran que fué herido en una refriega con gente de ley y que a consecuencia de una infección se la amputaron; y por fin, aquellos que lo conocieron íntimamente, afirman sin lugar a dudas, que Van Kolner cayó en una trampa armada por el finlandés Risko y que en la trampa dejó la pierna derecha.

"Pata de Palo" desconfiaba de Risko. Tenía la sospecha de que el finlandés lo odiaba y procuraba reunir alguna prueba contra su segundo para arrojarlo al mar. Jamás pudo probar la culpabilidad de Risko en el accidente que no fué del todo malo, pues pudo dejar no solamente su pierna derecha sino también el resto del pellejo, y la duda que lo dominaba resolvíase en frecuentes arrebatos de cólera contra toda la tripulación.

¿Quién era Van Kolner, el pirata del "Ricardo VII"? ¿De dónde había surgido este hombrecillo terrible que ordenaba torturas y sentía el voluptuoso placer salvaje de atormentar a sus semejantes?

Van Kolner era hijo de un marino de Kiel radicado en Hungría. Desde niño demostró afición a los viajes y cuando apenas cumplía 15 años huyó del hogar llevándose el dinero y los objetos de valor que encontró a mano.

El padre avisó a la policía pero nadie supo dar con el paradero del prófugo. Transcurrieron diez años y recién entonces llegan noticias de su existencia aventurera. Van Kolner habíase convertido en pirata y mandaba un barco al cual bautizó, quién sabe por qué motivo, con el nombre de "Ricardo VII". Habrá que creer que el recuerdo del personaje de un cuento lejano indujo a Van Kolner a llamar así a la embarcación fantasma.

En un cafetín chino reclutó a su gente. La mayoría borracha, inconsciente, se prestó a acompañarlo hasta el barco y sólo después de tres días de hallarse en mar afuera recuperaron la noción del lugar donde se encontraban prisioneros. Entre esta gente indeseable estaba Risko, el finlandés.

Risko, el finlandés

Risko era un muchacho alegre, travieso, de chispa fácil e inteligencia clara. Le gustaba la aventura y se hubiera sentido contento a bordo del "Ricardo VII" si el barco pirata no fuera gobernado por Van Kolner.

Pero, odiaba a Van Kolner. Su camarada Ted ha dicho en cierta oportunidad que Risko tenía cierto motivo de orden privado para aborrecer al pirata jefe. Y decía la verdad.

El hecho del cual se desglosa la profunda enemistad de estos dos hombres, es el siguiente:

Van Kolner tenía una hija. Una muchachita rubia, de ojos pícaros y voz dulcísima. Cantaba en el cafetín donde su padre solía reclutar a su gente, y allí la conoció el finlandés Risko. Parece que hubo entre la muchacha y Risko cierta afinidad que más luego se convirtió en amor. Van Kolner, con su ojo vigilante y perverso, sorprendió una cita y a partir de ese instante, la muchacha desapareció.

Risko, el finlandés, desesperado la buscó por todos los lugares imaginables, hasta que alguien le sugirió la idea de que la muchacha había sido asesinada por su propio padre.

Entonces, Risko, mezclóse entre la gentuza del cafetín y confundido con los borrachos fué llevado a bordo del "Ricardo VII".

La muerte del pirata

A bordo, la existencia se hacía imposible para los dos hombres que se odiaban. Cuando Risko, introduciéndose subrepticiamente en el camarote de Van Kolner, tuvo la prueba de que la muchacha había sido arrojada al mar, — así lo confesaba el pirata en un diario de su vida que constituía la fe de bautismo de todas sus canalladas, — planeó la muerte del malvado. Pero, la muerte fracasó y Van Kolner perdió su pierna derecha.

Junto al timón se encontraron. Van Kolner pretendió llevarlo por delante, pero, chocó con la rebeldía del finlandés.

—¡Maldito! ¡Te he de aplicar con mi misma mano cincuenta azotes!

—¿Dónde está tu hija? ¡Asesino!... — gritó fuera de sí Risko.

Los dos hombres trabáronse en pelea, mientras la tripulación haciendo rueda, clamaba:

—¡Acábalo, Risko!... ¡Acábalo de una vez!... ¡Viva el capitán Risko!...

Van Kolner, apodado Pata de Palo, fué vencido. Su cuerpo, envuelto en un género negro, fué arrojado al mar sin previo responso por el descanso de su alma, pues, a pesar de ser creyentes, ni a uno solo de los tripulantes se le ocurrió rezar por el pirata asesinado.

FIN

CUATRO CUENTOS JUDIOS

Llega un judío a un villorrio y dirigiéndose a un viejo que pasa por la calle, le dice:

—¿Me permite que le haga una pregunta?

—¡No faltaba más!

—¿Puede usted decirme dónde vive Reb Yankel?

—¿Qué Reb Yankel?

—Reb Yankel, el tuerto.

—¿Tuerto? No; aquí no hay ningún Reb Yankel que sea tuerto.

—Se trata de Reb Yankel, el que tiene la nariz torcida.

—¿Reb Yankel, que es tuerto y tiene la nariz torcida? No; no le conozco.

—No es posible. Todo el mundo le conoce. Además, es jorobado.

—¿Dice usted que es jorobado, que tiene la nariz torcida y que está tuerto? No; no conozco.

—¡Vamos, hombre! También cojea.

—¡Ah!... ¿Dice usted que también cojea? ¡Pues claro que lo conozco! ¿Quién no conoce a ese santo varón? Pues mire usted: ahí enfrente vive, precisamente.

* * *

Bloch, sintiendo próxima su última hora, manda llamar a su amigo Blum.

—Buenos días, Bloch—dice éste al llegar—. ¿Qué sucede para que me llames con tanta urgencia?

—Que voy a morir, Blum. Tengo que hablarte.

—¡Qué bobada! ¡Si tú eres de los que llegan a los cien años!

—¡Vamos, Blum! ¿Por qué va a tomarme la muerte a cien, cuando puede tenerme por noventa y cinco?

* * *

Durante la Revolución, un sacerdote, deseoso de poner en seguro, antes de expatriarse, un magnífico crucifijo, busca en vano a quien confiárselo. Alguien le sugiere que se lo deje en depósito a Levy, el único judío del pueblo. El cura corre en busca del judío.

—Tengo entendido que es usted un hombre honrado, señor Levy. ¿Quiere usted hacer un favor?

—Estoy a su disposición, señor cura.

—Verá usted de qué se trata. Ya sabe usted que los tristes tiempos que corremos me obligan a huir. ¿Quiere usted guardarme, hasta la vuelta, este crucifijo de oro? A mi regreso le recompensaré cumplidamente.

Levy acepta. Toma el crucifijo y lo esconde en su cueva.

—Buenos días, señor Levy. ¿Tiene usted mi crucifijo?

—¡Claro que sí, señor cura! Tenga un poco de paciencia, que voy a buscarlo.

Levy vuelve a subir en seguida con un crucifijo de oro, pero pequeño.

—Pero, señor Levy, debe usted equivocarse. Mi crucifijo medía tres pies lo menos.

—Vamos, señor cura. ¡No querrá usted que Cristo haya permanecido durante dos años en casa de un judío sin adelgazar un poco!

* * *

Isael, que se encuentra en el Paraíso desde hace un año, se aburre soberanamente. Solicita una audiencia de Dios. Y cuando se encuentra en presencia del Señor:

—¿Qué quieres, Isael?—le pregunta Dios.

—Señor, me aburro aquí.

—¿Que te aburres aquí?

—Sí, Señor. Estoy cansado de cantar siempre tus alabanzas. Quisiera hacer otra cosa.

—¿Qué?

—Volver a París. ¡Ah, Señor, si supieras qué vida nos damos en París!

—Muy bien. Busca al ángel Gabriel y pídele un billete de ida y vuelta para París por quince días.

Isael, en posesión de su billete, sale para París, donde se divierte de lo lindo. El último día de su estancia en la tierra, se encuentra un amigo en la plaza de la Opera.

—Pareces preocupado, Isael. ¿Qué te sucede?

—¡Ah! ¿Cómo quieres que no esté preocupado? ¡Figúrate que no encuentro a nadie que quiera comprarme mi billete de vuelta!

La Rata, el Ratón, el Juez y el Queso de Bola

No Conviene Pleitear Porque se Corre el Riesgo de Perderlo Todo

Toporín y Roedorina, un ratoncillo y una rata se tenían un afecto de hermanos. ¡Ah, si no les hubiese perdido en infinidad de ocasiones, su extremada gula!

Pocos había, sin embargo, tan listos como Toporín, un maestro albañil especialista en túneles. Para abrir trincheras, subterráneos, pozos y minas, no tenía rival. En cambio, Roedorina tenía un olfato exquisito.

Una vez que fueron a pasear Roedorina sintió en su hocicuillo un perfume sabroso.

—Toporín, aguarda; déjame sentar en el suelo para oler con comodidad... Diría que no lejos de nosotros hay un banquete espléndido en puerta... Olfatea... ¿Hueles bien?

—¿Qué si huelo? ¡Un queso riquísimo! Juraría que no ha sido empezado, porque el olor parece re concentrado...

—Veamos, pues, con tiento, si el perfume nos descubre el camino a seguir... Estemos sobre la pista, Toporín... y prepara tus herramientas perforadoras por si son menester.

Dió un golpe de cuchillo...

Siguieron un pasillo, descendieron por unas escaleras, llegaron al fondo de una despensa, siempre guiados por aquel olorcillo penetrante, que despertaba atrozmente su gula.

Por fin en la alacena descubrieron una bola roja, magnífica, como un planeta: un queso holandés que esparcía un tufillo tentador. Toporín saltaba alborozado; Roedorina relamíase de gusto.



Me falló el tajo...

Y a la vista del sabroso postre, empezaron a hacer cábalas golosas.

—Verás, Toporín; iré mordisqueando poquito a poco, para que me dure lo más posible.

—Yo no voy a dejar ni la corteza, Roedorina...

Pero existía una gran dificultad: la de partir la enorme bola. Los dos ratoncillos pudieron hacerla rodar, dar vueltas, afirmarla sobre sus polos, pero lo importante era partirla, de modo que cada uno tuviese exactamente la mitad.

Ante tal conflicto, no sabían qué hacer, cuando acertó a pasar el señor Mónez, nuevo juez de guardia aquel día en el juzgado de Ratonópolis...

—Hola, amigos... ¿De dónde sacásteis esa magnífica lección de geografía comestible? — preguntó aludiendo a aquel mundo colorado, que tan dulcemente olfateaba sus hocicos.

—Es una joya que nos ha tocado en suerte en la Lotería de los cocineros negligentes, — respondió alegre Toporín.

—El caso es... — añadió suspirando Roedorina, — que queremos partirlo exactamente por la mitad, para que uno no tenga mayor porción que el otro, pero no encontramos la manera de resolver el caso.



¡Ha cortado mal!

—Olvidáis que soy juez... Yo poseo la espada de la ley, que tiene dos filos que cortan un pelo en el aire y la balanza de la justicia, modelo de equilibrio como ningún otro... ¿Qué más podéis apetecer?

El señor Mónez era un magistrado sensato y prudente... Así hubieron de reconocerlo Toporín y Roedorina, por lo cual le fué confiada la misión de realizar el reparto.

El juez no se hizo repetir la petición. Asió la tajante espada y afinando la puntería, con astuta malicia, dió un golpe formidable que partió el queso, pero no por la mitad, según pudo verse al pesarlo.

—Vaya... Me falló el tajo... Medio queso pesa seiscientos gramos; el otro medio, quinientos. Voy a sacar del primero los cien gramos sobrantes y todos tendréis igual cantidad.

Repitió el corte, pero con tan mala fortuna, que en vez de cien gramos, quitó del mayor doscientos. Ante tal fracaso, se convino en que rebajara peso del pequeño.



Se fueron mohinos...

Mientras tanto, el señor Mónez se zampó el trozo sobrante.

Vuelta a cortar y a pesar. Nuevo error: el queso de Roedorina pesaba trescientos gramos; el de Toporín trescientos cincuenta.

—¡Bah! ¡Con vuestro permiso, voy a pegar un mordisquillo a éste y los platillos de la balanza quedarán seguramente en el fiel!

Así, de peso en peso y de mordisco en mordisco, el señor Mónez, con una actividad ejemplar, fué desmembrando el queso, entre el estupor de los litigantes, ligeramente alarmados.

—¡Por fin! — exclamó el señor Mónez, batiendo palmas, — ¡Llegó el instante de la justicia! Ved... Ambos platillos conservan un perfectísimo equilibrio. ¿Verdad?

No cabía duda de ningún género. Lo que hay es que ya sólo quedaba la corteza de los menguados medios quesos.

Diéronse por satisfechos los dos ratoncillos y fueron a tomar la minúscula parte que les quedaba de su fortuna, pero entonces fué el señor Mónez el que, apoderándose de la corteza, exclamó:

—¡Y qué!... ¿A mí, que he hecho tan recta justicia, me dejaríais sin las cortezas siquiera como premio? ¡Id al diablo, y cuidado con protestar, si no queréis que os encarcele por desacato a la autoridad!

Y Toporín y Roedorina, lamentando el pleito, mohinos y hambrientos, se retiraron, prometiendo no volver a pleitear en su vida.

Preguntas y Respuestas

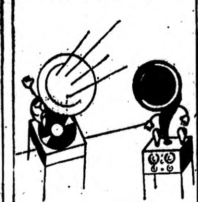
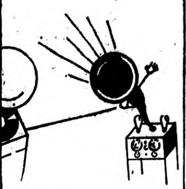
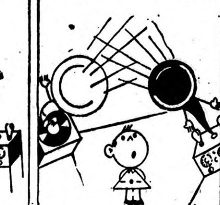
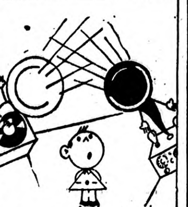
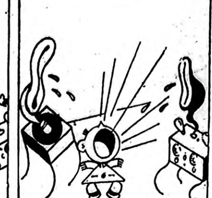
—¿Cuál es el animal cuyo nombre empieza con l y acaba con t?...
—El Ele-fan-te.

—¿Cuál es el santo más nutritivo?
—El san-dwich.

—¿Cuál es el empleado de ferrocarril que más se parece a una almohadilla?
—El guarda-agujas.

UNA HISTORIETA MUDA

"Match Radiotelefónico" — por López Rubio

LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE "TROMPETA"

El Perro Cara Dura — por George Studdy





























LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

por SEGAR











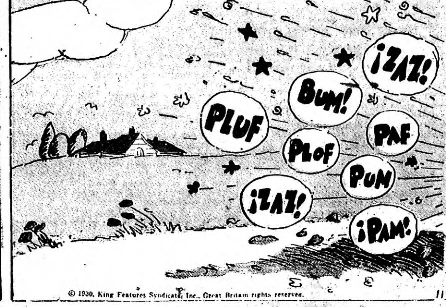
















EX SARGENTO DE LA POL. MONTADA



ESPOSA DE JIMMY



SUBJEFE DEL DESTACAMENTO



DESCENDIENTE DE LOS TOQUIS

El Tesoro de la Ciudad de los Césares

NOVELA de Aventuras original del célebre escritor yanqui MILTON HARVEY, cuyos derechos de publicación en castellano, ha adquirido con carácter exclusivo *CRITICA*.

II EPISODIO

"Los Exterminadores de la Raza Blanca"

I

LA TRAICION

MR. BURKE ASEGURA QUE LO TRAICIONARON

MR. Gordon Burke, subjefe del Destacamento de Policía Montada, no era un hombre perspicaz, ni mucho menos un deductivo. Mr. Gordon Burke era, simplemente, un empleado de oficina que había llegado a ocupar el puesto de subjefe por antigüedad y no porque hubiera conquistado sus galones en los tremendos gajes del oficio.

Mr. Nicholson, su ayudante, poseía una evidente superioridad y aún cuando nunca había sido voluntario, se le consideraba en el Cuerpo como hombre de acción, capaz de realizar con éxito una difícil pesquisa. Indudablemente, Mr. Nicholson trató de ser en todas las circunstancias, su más decidido propagandista.

Mr. Nicholson tenía vinculaciones misteriosas con gente del hampa. Quizás recibiera un premio mensual en dinero efectivo, por dejar hacer a la canalla de la Taberna del Hombre que Fuma y Estornuda. Tampoco sería calumniarle el suponer que existía un arreglo entre él y la banda de contrabandistas de alcohol que mandaba Resneck, el de la cicatriz en el mentón.

Mr. Nicholson era el hombre del engaño. Engañaba con su palabra, con su sonrisa, con su estudiado gesto austero. Pero, jamás podría engañar con la mirada. Su mirada lo vendía: era como una página suelta del libro de su alma.

Había una rara sugestión, un brillo malvado en sus ojos. Mr. Nicholson no lo ignoraba y por eso, cuando se dirigía a alguien, no levantaba la vista del suelo. Para atenuar un poco la molestia de su mirada perversa, decidióse a usar anteojos, aún cuando sus órganos visuales hallábanse en perfectas condiciones. Mr. Nicholson era en extremo desconfiado. Podríamos afirmar que jamás hubiera creído en el robo del legajo que guardaba el secreto del Tesoro de la ciudad de los Césares, si Mr. Gordon Burke no le ofreciera el espectáculo de su lamentable depresión física y moral Mr. Gordon Burke, reclinado en un sillón de cuero gris, destrozando con la uña del pulgar su cigarro de hoja, dijo en tono compungido: —Sí, Mr. Nicholson, Joe Mc. Lean, el ex sargento de la Policía Montada, nos ha traicionado. Y como Mr. Nicholson no despegara los labios Mr. Gordon Burke interrogó:

—¿Dónde está el legajo? ¿Acaso no fué Minigann quien lo robó de mi despacho? ¿Por qué renunció Joe Mc. Lean a su vocación de policía...?

Mr. Nicholson, sin exponer su mirada, respondió:

—Minigann robó el legajo. Quiso traicionar a Jimmy el Peliencendido y pagó la traición con su vida. Luego, el legajo está en poder de Jimmy el jefe de los contrabandistas. — ¿Y Joe Mac. Lean se unió a Jimmy para ir a buscar el tesoro?... preguntó Mr. Burke.

—No lo sé, Mr. Burke.

Mr. Burke arrojó el cigarro contra el zócalo de la oficina, abandonó el sillón y acercándose a la mesa de trabajo de Mr. Nicholson, dijo disminuyendo el tono de voz:

—Haré llamar al Chacal y el Chacal se encargará de Jimmy y de Joe... Es preciso que recuperemos el legajo para apoderarnos del tesoro.

Mr. Gordon Burke retiróse a su despacho. Sentíase deprimido, pero, lentamente iba tranquilizándose. Si en ese instante hubiera podido leer en el alma de Mr. Nicholson, es probable que la vida de Mr. Burke corriera grave riesgo de terminar en una apoplejía fulminante. Porque Mr. Nicholson, al tiempo que revisaba sus papeles, abría este interrogante:

—¿Por qué repartir el tesoro entre dos?... Mr. Gordon Burke bien puede conformarse con la jubilación...

II

DOS CAMARADAS

QUE CHARLAN DE COSAS VANAS

POR el camino que va a la cabaña de Bulding marchaban dos camaradas. Uno era Joe Mc. Lean, ex sargento de la Policía Montada y el otro Dick Mc. Kenna, ex voluntario del mismo cuerpo. Joe silbaba su canción preferida "Yo quiero que me compres un saxofon usado" y Dick sonreía como si fuera el hombre más feliz de la tierra.

Al doblar el recodo de Hower Bay, Dick malogró el alegre silbido de Joe, tomándolo del brazo mientras le decía:

—Joe, ahora que no eres sargento, me gustaría invitarte a un trago. ¿Quieres probar el whisky de Resneck?... Tengo mis sospechas de que ha sido adulterad ...

Dick extrajo su frasco chato y se lo ofreció a Joe. El ex sargento, luego que lo hubo probado con algún exceso, dió su opinión sincera:

—Excelente, Dick.

Y continuaron el camino hacia la cabaña de Bulding, charlando de cosas poco serias y carentes de toda importancia, como son el cielo, el sol, el amor, los pájaros y las flores y otras tonterías que se justifican en la candorosa cabeza de un poeta romántico, pero, que no tienen explicación en los labios de dos ex policías que han resuelto partir en busca del tesoro de la Ciudad de los Césares.

III

LA VIDA EN UN HILO

JIMMY ESTA GRAVEMENTE HERIDO

SOBRE el improvisado lecho de piel de búfalo, reposa Jimmy el Peliencendido en la cabaña de Bulding en la región rocosa que se inicia a dos leguas de Keesington. A su cabecera, con el rostro encendido y la mirada afiebrada de trágica inquietud, Eleonor, su mujer, vela desde hace dos noches.

El pequeño Jack se ha quedado dormido entre unas mantas.

Jimmy está grave. Una venda tinta en sangre cubre su frente. Tiene la boca seca, los ojos extraviados, la cara amarilla de muerte. Quiere moverse, intenta incorporarse, pero, la cariñosa mano de Eleonor lo detiene:

—Rubiecito, quédate quieto. No es nada, mi rubio. Pronto curarás, mi querido Jimmy.

Jimmy, en el delirio, balbucea:

—Era el último negocio... Fué el destino... Y tan luego Joe, el compañero de Nueva Jersey... — Joe no sabía que eras tú, Jimmy. Pronto vendrá y nos acompañará siempre. —¡Maldito Minigann!... ¡Mi pistola!... ¡Traidor, miserable, canalla!... —Jimmy, Jimmy... — solloza Eleonor — Minigann ha muerto. Lo mató nuestro hijo para salvarte en la Barba del Piel Roja Solitario.

—¡El legajo del tesoro!... ¡Todo el tesoro será nuestro!... — deliraba el Peliencendido.

—Sí, rubiecito, será nuestro... Iremos a buscarlo con Joe, no te aflijas...

El herido guardó silencio. Eleonor humedecía sus labios resecos con un paño mojado. Así permanecieron un rato, hasta que Jimmy, como si entrara en estado de lucidez, pidió con voz segura:

—Tráeme al niño.

—Duerme, Jimmy.

—Tráeme al niño — insistió el Peliencendido.

Eleonor suspiró. Fué hacia el rincón donde se hallaba el pequeño Jack y tomándolo entre sus brazos lo llevó hasta el lecho del herido.

Jimmy acarició al niño ausente en el sueño. Pasó su mano sudorosa sobre la cabellera revuelta del hijo. Quiso besarle, pero, el dolor no le permitió ningún movimiento. Entonces, volvió a pedir a Eleonor:

—Déjame que lo bese...

La madre puso al niño al alcance del beso de Jimmy y éste, conteniendo el grito que pugnaba por estallar en su garganta, humedeció con sus lágrimas la pureza de la criatura.

El niño despertó. Y estrechándose contra el cuerpo dolorido del contrabandista, dijo con su vocesita entrecortada:

—¡Papito!... ¡Papito!... ¡Yo no quiero que te vayas lejos!...

—Eleonor... Jack... Yo... yo no quiero morir...

Extenuado por el sufrimiento, Jimmy se desvaneció. Eleonor, presa de un miedo terrible iba a pedir socorro a Dios, cuando abrióse la puerta de la cabaña y aparecieron Joe y Dick.

La mujer fué hacia ellos, la cabellera suelta, el ademán enloquecido:

—¡Se muere, Joe!... ¡Dios mío, salvadlo!...

Joe pensaba que quizás ya estuviera reunido el Tribunal Supremo que habría de juzgar a Jimmy Belford, más allá del horizonte, más allá de la tierra, en el país de las almas solitarias, en el desconocido país de Dios.

IV

EL CHACAL

RECIBE ORDENES DE MR. BURKE

MEDIA noche. Hay luz en el despacho de Mr. Gordon Burke, lo cual quiere decir que el subjefe tiene recargo de trabajo. Cruza el pasillo una sombra; se aproxima a la puerta de la oficina; mueve el picaporte. Una voz, desde adentro, dice:

—¡Adelante!...

La sombra adquiere personalidad humana en el despacho iluminado del subjefe.

Todos sus menores rasgos descúbrense a la luz de la araña de tres bombitas eléctricas y muchos caireles que pende del cielorraso. Es un hombrecillo repulsivo, insignificante, mal entrazado. Un mechón negro cae sobre su frente y oscurece su mirada. Sobre la pelambre, lleva una gorra a cuadros, que no se ha quitado, demostrando una pésima educación. El espacio mayor en su rostro lo usufructúa la boca, un tajo horrible que va de oreja a oreja dejando a la vista de todo el mundo las ruinas impresionantes de su dentadura.

Mr. Gordon Burke, ensayando un gesto cordial poco común en él, le señaló una silla.

—Siéntate, Chacal. Tenemos que conversar un rato.

—Usted dirá, jefe. He venido para obedecerlo — explicó el Chacal con chirriante tono.—Chacal...

¿Te acuerdas del canadiense Fred, aquel que apareció colgado en el bosque de Whereinghan?..

—Me acuerdo—contestó sin esfuerzo de memoria el Chacal.

—El canadiense Fred fué colgado después de muerto — agregó Mr. Burke. Le agujearon el pellejo mientras se dirigía a su vivienda con los cinco mil dólares de los jornales de los camineros.

—Lo sabía — declaró el Chacal.

—Los cinco mil dólares desaparecieron. Yo sé quién se apoderó de ese dinero.

—Yo también — dijo el Chacal.

—Fué un escapado de la cárcel de Connighan Hirst. Un salteador de trenes; un bígamo; un criminal buscado empeñosamente en toda América del Norte. Yo sé su nombre de pila y su apodo.

—El Chacal, ¿no es ese?... John Granfield, de la pradera de New Garden, más temido por el Chacal... — y el bandido, en burla, añadió — Mr. Burke, disponga de mi como quiera. Estoy a sus órdenes.

V

EL LEGAJO

ERA LO QUE MAS INTERESABA A MR. BURKE

¿Por qué abandonó su puesto de sargento en la Policía Montada Joe Mc. Lean?

¿Acaso el remordimiento de no haber cumplido con su deber le obligó a renunciar? Conocimiento a Joe Mc. Lean podría creerse que no hubo otra razón para que abandonara el cuerpo, como no fueran las palabras que escuchara al aproximarse a la oficina de Mr. Nicholson la mañana en que habíase comprometido a llevar atado de pies y manos al finado Minigann. Estas palabras las pronunciaba Mr. Burke y decían:

—"Para nosotros, Mr. Nicholson, el legajo representa el porvenir. Habíamos resuelto aprovecharlo para cuando nos llegara la jubilación. El legajo nos pertenece. Nada, absolutamente, tiene que ver la policía en este asunto..."

Y luego, al finalizar, percibió claramente:

—"Si Minigann viene, recuperaremos el legajo y seremos los dueños del tesoro de la Ciudad de los Césares"...

Así supo Joe Mc. Lean que su jefe y el ayudante de su jefe, olvidaban su deber y sólo soñaban con la escondida riqueza de la Ciudad de los Césares.

¿Iba a servir él los planes de estos dos hombres?...

Joe Mc. Lean unió su destino al de Jimmy. Quizás pensara en regenerarlo. Lo cierto es que el ex sargento y Dick Mc. Kenna estaban decididos a la aventura del tesoro.

Cuando penetraron en la cabaña de Jimmy, Joe trató de conformar a Eleonor, pero, después de tomarle el pulso al herido, observando su palidez mortal, dijo para sus adentros:

—Este hombre tiene los minutos contados...

VI

LO QUE VIO DICK

EN LA TABERNA DE LI-SUNG

—ANTES de ir en busca del tesoro debemos eliminar a Li-Sung y a los bandidos amarillos de la Caverna del Dragón — había dicho Dick Mc. Kenna a Joe.

—¿Dónde está la Caverna del Dragón? — preguntóle el ex sargento.

—En un subterráneo de la Taberna del Hombre que Fuma y Estornuda. Allí existe una pagoda y un sacerdote de la crueldad. Se llama Li-Sung y sueña con el exterminio de los blancos. El pasillo que conduce al enorme Budha rodeado de lotos, es el fumadero. Los camastros de los opiómanos están empotrados en las paredes y en el ángulo final un cañón diminuto amenaza a quien se atreva a penetrar en el misterioso recinto del extático Budha. —La Caverna del Dragón — continuó explicando Dick Mc. Kenna — tiene una salida al río. Es el lavadero. Las actividades criminales de Li-Sung alcanzan su máximo desarrollo en este lugar. En el lavadero he descubierto el secreto del alfiler envenenado. — ¡El alfiler envenenado! — exclamó Joe.

—Sí, camarada. Es un alfiler, que, como las flechas de los bosquimanos, ha sido envenenado con la secreción de las glándulas de serpientes africanas.

—¿Hay serpientes en la Caverna del Dragón? — interrogó Joe Mc. Lean.

—Una variedad de espanto, Joe. Serpientes que matan envenenando y serpientes que matan estrujando. Gigantescas boas inmóviles; pequeñas víboras europeas y cobras de la India. Con alfileres envenenados, Li-Sung lleva a cabo su inconcebible obra de exterminio. Y su fanatismo lo ha llevado a sacrificar a su propia hija, la dulce Li de la cara de luna.

—¿Asesinó a su hija?... — preguntó Joe.

—Aún no. La tiene aprisionada en un estuche de cristal y espera el eclipse para ofrendarla al Dragón. Li-Sung cree que el eclipse se produce cuando el Dragón devora a la luna y para aplacar su ira sacrificará a la dulce Li, de la cara de luna.

—Iremos a la Caverna, Dick — dijo Joe. — Salvaremos a la pobre criatura y terminaremos con la siniestra asociación de los exterminadores de la raza blanca.

Joe era valiente y optimista y en ese instante de noble exaltación, no se detuvo a imaginar que quizás se nublara su optimismo en la Caverna del Dragón, cuando el odio insaciable de Li-Sung lo atrapara en sus garfios de hierro para entregarlo a la muerte lenta, angustiosa, horrible, como sólo puede concebirla un cerebro diabólico.

VII

LA UNICA SALVACION

JOE Y DICK INTENTAN SALVAR A JIMMY

—¡SE muere, Joe!... ¡Dios mío, salvadlo!... clamó enloquecida la infeliz Eleonor cuando llegaban los dos camaradas a la cabaña de Bulding.

Jimmy el Peliencendido estaba gravísimo y su salvación dependía de la rapidez con que se le sometiera a una intervención quirúrgica.

—Iremos a buscar a Michael, el del Kilómetro 4079. Michael tiene el instrumental necesario, sabe operar y además es reservado.

Y disponiéndose a marchar en seguida, agregó:

—Acompáñame, Dick. Volveremos con Michael y Jimmy salvará la vida.

Eleonor los siguió hasta la puerta y luego volvió a su rincón, junto al herido y al pequeño Jack.

—Recemos, Jack... Recemos para que Dios no nos olvide...

Dick y Joe cruzaron el cañadón y apuraron el paso. La vivienda de Michael — en el Kilómetro 4079 — distaba tres leguas de la Cabaña de Bulding. Pensaban realizar el trayecto en pocas horas y retornar en el sulky del judío cirujano. Pero, desgraciadamente, un contratiempo malogró los cálculos de los dos camaradas.

—No vienen, mamá... — decía el pequeño Jack — ¿Por qué demorarán tanto?... ¿Qué habrá ocurrido?...

—¡Dios mío!... ¡Ya debían haber venido!...

El pequeño Jack se alejó del lado de la madre. Descolgó su abrigo y su gorra y antes de que Eleonor tuviera tiempo de detenerlo, ganó la puerta. Desde allí, dijo a su madre:

—No temas por mí, mamá... Iré a buscarlos y vendré con Michael... Joe dijo "el kilómetro 4079". Conozco el camino y no me pasará nada. No temas...

—¡Jack!... ¡Mi niño!...

—Déjame marchar... Es preciso que vaya pronto para salvar a mi padre...

Y el niño heroico se perdió en la noche. Y la boca de lobo de la noche, lo devoró.

VIII

EN LA TRAMPA

EL CHACAL OBEDECE A MR. BURKE

—¿HAS comprendido, Chacal?... — preguntóle Mr. Gordon Burke.

—Perfectamente, jefe. Se trata de conseguir los documentos robados por Minigann. Los buscaré en el escondrijo de Jimmy y si no es allí, el mismo Joe Mc. Lean me dirá dónde están.

Mr. Nicholson que presenciaba la entrevista y no había pronunciado una sola palabra, dicidióse a hablar:

—Chacal — le dijo. — No hay que darle a las cosas más importancia de la que tienen. Lo único que vale es el legajo. Si para recuperarlo es necesario sacrificar a alguien, paciencia...

El Chacal, con salvaje voluptuosidad, aseguró:

—No sé andar con niñerías... Pierda usted cuidado, jefe.

Mr. Gordon Burke lo acompañó hasta la puerta de su despacho y despidiéndolo, le prometió:

—Quedarás mano a mano con la justicia, Chacal...

El Chacal abandonó el destacamento con el eco de las últimas palabras del subjefe en el oído. Mr. Burke volvió a su asiento e iba a dirigirse a Mr. Nicholson, cuando éste, adivinándole el pensamiento, le dijo:

—Ya sé, Mr. Gordon Burke... Después de esta aventura, el Chacal no debe contar el cuento...

IX

EL ENCUENTRO

UN CONTRATIEMPO EN EL CAMINO

CUANDO el Chacal se encontró en la pequeña plaza, frente al Destacamento, no sabía qué rumbo tomar. Durante varios minutos permaneció indeciso y luego, como quien ha adoptado una resolución, echó a caminar por la carretera en dirección a Hower Bay. El Chacal razonaba para sí:

—La gente de Jimmy acampaba en el Desfiladero, camino abajo de Keesington. La cueva no debe hallarse lejos...

Pocos hombres dominaban el terreno como el Chacal. Por todos esos alrededores, el Chacal habíase entretenido incontables veces armando trampas para cazar zorros y no era difícil que hubiera alguna en la senda. De trecho en trecho, deteníase a inspeccionar el lugar sin conseguir ver rastros. Por otra parte, el viento y la arena finísima borraban toda huella, y era peligroso, además, iluminar la linterna.

Llevaba una hora caminando cuando alcanzó a divisar en la oscuridad la enorme mole de una barda. Era la Barda del Piel Roja Solitario donde Minigann había terminado sus días. A quinientos metros, la cortada a pico del precipicio era una amenaza de muerte. Por el estrecho paso, sólo podía andar una persona, evitando baches y obstáculos que podrían ocasionarle un serio accidente.

De pronto, el Chacal se detuvo. En el viento cabalgaba el eco de una voz y echándose a tierra, el bandido logró percibir ruido de pasos. Entonces, con asombrosa rapidez, preparó la trampa. Siempre llevaba entre sus ropas la cadena, la soga y la herramienta que necesitaba para armarla. Concluído el trabajo, agazapóse en la noche y esperó.

Dos hombres aproximábanse conversando en alta voz. Reconoció a uno de ellos:

—Ese es Joe... Está visto que las cosas han de salir a pedir de boca... — musitó el Chacal.

Los hombres llegaron al estrecho paso y entonces uno se adelantó y dijo:

—Cuidado con perder el equilibrio.

Casi inmediatamente se escuchó un grito; y luego otro.

El Chacal avanzó presuroso hacia la trampa y vió a los dos hombres echados de bruces en el suelo, con los pies aprisionados entre gruesos alambres.

—¡Vamos! — rugió, sacudiendo a Joe. — ¡A no perder tiempo!... ¿Dónde está el legajo?...

—¿De qué legajo habla usted? — preguntó Mc. Lean.

—De aquél que robó Minigann... ¿Dónde está? ¡Pronto, porque si no habrá carnaza para los buitres!

Dick Mc. Kenna, a pesar de la oscuridad, dióse perfecta cuenta de la posición de cada uno. Extendiendo las manos, quizás lograra voltear al asaltante. Aprovechó el diálogo del Chacal y Joe para arrimarse despacio al primero. Hizo un supremo esfuerzo y en el preciso instante en que el Chacal extraía de entre sus ropas una pistola, consiguió su objeto. El asesino ahogó un grito y perdiendo el equilibrio se precipitó al abismo. Dick no había podido sostenerlo.

—¡Muerto! — murmuró Joe.

—Y nosotros presos en la trampa... — dijo Dick.

El Chacal había armado de tal manera la trampa que difícilmente podrían libertarse los dos camaradas sin la ayuda de una herramienta cortante. Era imposible romper la gruesa cuerda con los dientes. Por otra parte, la posición de sus cuerpos no les permitía accionar y era seguro que si la Providencia no acudía a socorrerlos, morirían de hambre y de sed en el desolado desfiladero.

Vuelo de aves de rapiña. Batir de enormes alas. Y horadando las tinieblas los ojos de la noche: dos puntos de fuego que abrían un interrogante de pavor.

—¡Aquí, Dick! ¡Malditos chinos!... — gritó Joe.

—¡Cállate, "pei"! — murmuró sonriendo Li-Sung.

...DE LA CIU-
...CESARE...



COMPAÑERO DE JOE


EL CHINO MISTERIOSO



HIJO DE JIMMY



JEFE DE CONTRABANDISTAS

X

LA DULCE LI

CUANDO EL DRAGON TRAGUE A LA LUNA...

El Gran Mogol ha rogado gracia para la ...ara de la cara de Luna y los dos caba...ros manchúes ofrecieron una fortuna a cam...o de su vida. Pero, el fanático Li-Sung se ha ...gado obstinadamente a ceder su presa.

El Gran Mogol le dijo:

—Li-Sung, en la cuenca del Tarim, debajo ...a arena, está el secreto del Dragón. Tuya será la palabra llave si la perdonas.

Y Li-Sung respondió:

—Pídele la gracia al Budha.

Y mientras la niña aguarda el sacrificio en ...ataúd de cristal, Li-Sung se pierde por la ...simulada abertura que da a la taberna del ...ombre que Fuma y Estornuda.

El pecoso Hoggs sale a su encuentro:

—El borracho Dick ha huído — le advierte.

—¿Qué dices, bestia pecosa? — masculló el ...ino.

—El borracho de la Policía Montada escapó ...n que lo vieran — aclaró Hoggs.

—¡Maldito "pei"!...

El diabólico ...ombrecillo tornó a la Pagoda. Y le dijo a su ...compinche Fu-Chau:

—El hombre blanco volverá, Fu-Chau... Es ...eguro como el milagro de Budha. Prepara el ...añón y quítale todo alimento a la serpiente. ...a boa hambrienta castigará al intruso.

Li-Sung doblóse ante el ídolo de bronce, sin ...reparar en el pálido rostro de la dulce Li, de ...a criatura que no tardaría en desposarse con ...a muerte.

Dick Mc. Kenna, prisionero en la trampa del ...Chacal en compañía de Joe, pasaba por un ...trance difícil. Si Dios lo ayudaba a salvarlo, ...volvería a encontrarse frente al peligro, quizás ...más grave que ninguno. Porque Li-Sung lo ...había condenado a muerte y Li-Sung no ame...nazaba en vano.

XI

EL HEROE

EN BUSCA DEL JUDIO MICHAEL

El pequeño Jack no creía en las Hadas, ni en los fantasmas, ni en los ogros de todos los cuentos que no había leído. La vida, demasiado brutal, le había dictado una lección de crudo realismo.

Sin embargo y a pesar de ser hijo de un contrabandista y salteador de trenes, Jack poseía un fondo de pureza, una pueril inocencia que lo alejaba de toda malsana contaminación. Era valiente como su padre. Y lo mismo montaba el pinto veloz que hacía blanco con su escopeta allí donde fracasaba la puntería de los mejores tiradores.

En la noche trágica, el pequeño Jack emprendió vertiginosa carrera hacia el kilómetro 4079. Iba en busca del judío Michael, que al decir de Joe, salvaría a su padre.

Como en aquella otra noche en que libró a Jimmy del puñal de Minigann, el pequeño Jack gastaba todas sus fuerzas atravesando el oscuro camino de Keeseington, el peligroso desfiladero, el negro valle.

Fué al doblar el recodo del precipicio cuando descubrió a los prisioneros.

—¡Jack!... ¡Pequeño!... ¡Jack!... — gritaron Joe y Dick.

Jack dirigióse hacia ellos.

—¡Corre, pequeño!... — díjole Joe. — ¡Corre y dile a Michael que venga a salvarnos! Es en el kilómetro 4079, a legua y media de aquí!...

El pequeño Jack reanudó la carrera. Sentíase agotado, dolorido, próximo a desfallecer. Pero, debía cumplir la legua y media para salvar a su padre, y su cansancio era anulado por el afán desesperado de alcanzar la vivienda del judío Michael.

Kilómetro 4077. Kilómetro 4078. Kilómetro 4079. ¡Por fin!...

Cuando volvió en sí hallábase tendido sobre un canapé, en una estrecha habitación de madera. Inclinado sobre su rostro, Michael interrogábalo:

—¿De dónde vienes?... ¡Habla, niño!...

El niño vió la mirada de Michael, su nariz ganchuda, su roja pelambre revuelta:

—Joe... Joe Mc. Lean lo necesita... Y mi padre se muere!...

Media hora después, Dick Mc. Kenna y Joe Mc. Lean, libres de la trampa que preparara el Chacal, acompañaban al niño y al judío Michael a la cabaña de Bulding.

Quizás, el sacrificio de todos resultara inútil, porque Jimmy, sobre el lecho de piel de búfalo, ya no reconocía a Eleonor y en su delirio agónico balbucía:

—¡El tesoro de la Ciudad de los Césares!... ¡Maldito Minigann, canalla y traidor!... ¿Quién me acompaña a buscar el tesoro de la Ciudad de los Césares?...

—¡Rubiecito mío!... ¡Rubiecito mío!... — sollozaba Eleonor.

—¡El Tesoro!... Ven, Tucapel, ven indio fiel, dime dónde está el tesoro de la Ciudad de los Césares!!!...

XII

EL LAVADERO

DE LOS EXTERMINADORES DE LA RAZA BLANCA

Dos negocios disimulaban las criminales actividades de la banda amarilla de Li-Sung. Uno de ellos era la Taberna del Hombre que Fuma y Estornuda y el otro, el lavadero.

El lavadero cumplía una parte de la obra de exterminación de la raza blanca llevada a cabo por el insaciable odio de Li-Sung. Regenteábalo Fu-Chau, un chino de edad indefinida, que había llegado a Keesington de la cuenca del Tang-Tse-Kiang.

Fu-Chau conocía todas las variedades de serpientes. Toda su existencia transcurrió en el ensayo de los venenos que extraía de las glándulas de las víboras y con los cuales satisfacía la sed de venganza del misterioso Li-Sung.

Fu-Chau fué quien, después de pacientes experimentaciones en el laboratorio del Budha Extático, descubrió la manera de envenenar alfileres.

El lavadero de Li-Sung, instalado a orillas del río, era el comercio de la Muerte. En cada pieza recién lavada que salía de allí, la Muerte iba prendida con alfileres.

¿Por qué se ensañaba Li-Sung con los blancos?... ¿Por qué aferraba su existencia al odio y en todos sus instantes preocupábale la única obsesión del exterminio?

Li-Sung, como Fu-Chau, había nacido en Tang-Tse-Kiang, en el mismo arenoso y desolado lugar de la China. Tenía mujer joven y hermosa y una niña que era el vivo retrato de la madre. La mujer, al llegar a Keesington, huyó con un contratista caminero de Nueva Orleans llamado Earst el Tigre, a quien había conocido en una taberna y fumadero de opio que más tarde se llamó la Taberna del Hombre que Fuma y Estornuda.

Li-Sung, desde la fuga de su mujer, modificó fundamentalmente su carácter. Educó a su hija en los ritos del Celeste Imperio y ahogó su cariño de padre para vengarse en la criatura de la traición de la madre.

Y fué entonces cuando Li-Sung se convirtió en el implacable exterminador de la raza blanca.

XIII

MR. NICHOLSON

RECIBE MALAS NOTICIAS

Mr. Gordon Burke comenzó a creer en su mala estrella. Había sido un honesto funcionario durante un cuarto de siglo, y si bien no aportó en todo este tiempo el menor detalle que revelara inteligencia, es justo reconocer que jamás se le ocurrió incurrir en delito que lesionara su moral hasta que cayó en sus manos el legajo del Tesoro de la Ciudad de los Césares.

Si llegara el instante de pesar culpas en la balanza de la justicia, quizás se inclinara el platillo de Mr. Nicholson, porque, indudablemente, fué Mr. Nicholson quien le sugirió el mal pensamiento de apoderarse del tesoro sin dar cuenta del hallazgo de los valiosos documentos a la superioridad.

Pero, lo cierto es que Mr. Gordon Burke dejóse llevar por la codicia y aceptó como cómplice a su ayudante Mr. Nicholson, sin imaginarse que éste, después de haber traicionado al cuerpo a que pertenecía, trataba de traicionar a su jefe y dejarlo de lado en la aventura del tesoro escondido.

Habían transcurrido ocho días desde la partida del Chacal, y Mr. Gordon Burke carecía de informes respecto a la misión que le encomendara al asesino del canadiense Fred.

—¿Qué será del Chacal? — preguntábase Mr. Burke. — ¿Habría cumplido sus órdenes?... ¿Recuperaría el legajo?...

De pronto sintió un escalofrío. ¿Y si el Chacal desaparecía con el legajo?... Era la primera vez que se le ocurría pensar en ello. Iba a llamar a su ayudante, pero Mr. Nicholson, apareciendo en la puerta de su despacho, le ahorró el trabajo de apretar el timbre.

—Mr. Nicholson... ¿Qué dice usted si el Chacal no volviera más?... — interrogó Mr. Burke.

—No me extrañaría... — respondió el ayudante.

—¿Por qué?...

—Porque el Chacal ha muerto.

Mr. Gordon Burke recibió un rudo golpe, y su rostro se empapó de sudor.

—¡Ha muerto!... ¡El Chacal ha muerto!... — exclamó.

—Ha caído al precipicio y su cuerpo destrozado ha sido descubierto por el agente Denis, de la guarnición de Firewsyne.

—¿Se han hecho investigaciones? ¿Fué un accidente o un crimen?... — preguntó el subjefe.

—Habrá que decir que fué un accidente... — aconsejó el ayudante. — Pero, mi opinión es que no son extraños a la muerte del Chacal, Joe Mc. Lean y Dick Mc. Kenna.

—¿Andan juntos?...

—Sí, Mr. Burke. Y juntos han decidido ir a buscar el tesoro de la Ciudad de los Césares.

Mr. Burke caviló. Y luego de breves minutos de silencio, resolvió qué debía hacerse.

—Envíe un parte telegráfico a todos los destacamentos, solicitando la captura de esos dos hombres, bajo inculpación de asesinato. El Chacal, Mr. Nicholson, fué asesinado. Infórmelo así a la oficina de la Prensa.

Mr. Nicholson abandonó la oficina y se dispuso a ejecutar las órdenes de Mr. Burke. Media hora después, en todos los puestos de la Policía Montada recibíase la orden de captura contra Joe Mc. Lean y su amigo Dick Mc. Kenna.

XIV

HOGGS, EL PECOSO

TIENE ALGO QUE COMUNICAR A LI-SUNG

Hoggs estaba al servicio de Li-Sung desde que finalizara su carrera del ring, con sus continuas descalificaciones. Atendía la taberna, explotaba a las bailarinas, adquiría mercadería a los contrabandistas de alcohol y no desperdiciaba oportunidad de desplumar al prójimo poniendo en juego sus mil artimañas de jugador fullero y estafador de escuela.

Li-Sung, a pesar de su terrible enemistad con los blancos, aceptaba a Hoggs, porque el Pecoso le resultaba un elemento útil a sus planes. Pero, no perdía ocasión de demostrarle su profundo desprecio con un vocabulario que únicamente un hombre llamado Hoggs podía aguantar sin una reacción lógica.

Hoggs, el Pecoso, era un excelente vigilante de los negocios de Li-Sung. Estaba siempre en comunicación con el fanático chino, a quien le transmitía cualquier sospecha.

Li-Sung hallábase de hinojos ante el Budha, cuando se aproximó el Pecoso.

—¿Cómo te atreves?... — dijo, amenazante, Li-Sung.

—Tengo algo que comunicarle. Es asunto grave — dijo Hoggs.

—¡Habla! — le ordenó el amarillo, al tiempo que abandonaba su actitud religiosa.

—Ahí está en la taberna el ex sargento Joe Mc. Lean. He averiguado que en el subterráneo del lavadero está Dick Mc. Kenna. Tengo la seguridad de que obran de común acuerdo y de que preparan algo contra nosotros.

Li-Sung hizo sonar el gong. Levantóse un cortinado y apareció Fu-Chau.

—Dos blancos. Uno en cada boca. Quiero verlos aquí, amarrados — habló Li-Sung.

El regente del lavadero se inclinó. Inmediatamente dió un silbido prolongado y corrió hasta el pasillo del fumadero.

—¡Aquí, Tse-Chau!...

Dos grupos de chinos armados de cuerdas y cachiporras formaron ante Li-Sung. Hoggs retornó a la taberna, y detrás del mostrador, continuó observando al hombre que bebía una copa de gin junto al tablado de las bailarinas.

En el preciso instante en que disponíase a dejar el local, apagáronse las luces. Hubo un tumulto de sombras, y las mesas y las sillas cayeron con estrépito. Sonó un tiro y una voz fuerte se dejó oír:

—¡Aquí, Dick!... ¡Malditos chinos!... ¡Malditos!...

—Calla, "pei"... Ya tendrás tiempo de llamarnos malditos... — murmuró sonriendo burlonamente Li-Sung.

Joe Mc. Lean había caído en manos de los exterminadores de la raza blanca. Conocía el peligro que eso significaba; pero, lo tranquilizaba la esperanza de que Dick acudiera en su ayuda. Porque el desdichado Joe ignoraba que en ese mismo momento, Dick Mc. Kenna, maniatado y amordazado, hallábase también en poder de la misteriosa banda amarilla de Li-Sung.

XV

EL RUEGO INUTIL

DIOS NO ESCUCHO A LA MADRE Y AL NIÑO

Joe y Dick habían resuelto libertar a la dulce Li y poner fin a las actividades delictuosas de Li-Sung, antes de emprender la aventura del tesoro de la Ciudad de los Césares. Jimmy, gracias a la intervención del judío Michael, hallábase en vías de completo restablecimiento en la cabaña de Bulding, donde lo acompañaban Eleonor y el pequeño Jack.

Los dos camaradas informaron de sus planes al Peliencendido, y éste lamentó que su herida no le permitiera unirse a ellos para luchar contra los bandidos chinos.

—No importa, Jimmy. Basta que nos prometas que no te moverás de aquí. Iremos a combatir contra Li-Sung, y a nuestra vuelta prepararemos el viaje a la Patagonia.

—¿Está en lugar seguro el legajo? — preguntó Dick.

—Sí — respondió Jimmy. — No hay que temer nada malo.

Jimmy dió su palabra de que permanecería en la cabaña de Bulding todo el tiempo necesario, y los dos compañeros despidiéronse del herido con un cordial ademán. Eleanor y Jack los vieron marcharse por el camino abajo. La madre y el niño rogaban a Dios que los protegiera, porque iban a cumplir un sagrado deber de humanidad. Pero, quizás Dios se hallara en extremo ocupado, pues no se explica de otra manera la inutilidad de esa rogativa y la caída de Joe y Dick en las garras del vengativo Li-Sung.

Los secuaces de Li-Sung sujetaron a Joe, cuyos esfuerzos por desasirse resultaban inútiles. Entretanto, Dick, en el lavadero, hallábase atado con gruesas sogas al tronco de un árbol centenario.

XVI

LA SERPIENTE

QUE TIENE HAMBRE Y MATA ESTRUJANDO

Joe fué introducido al pasillo de los fumadores de opio y luego a la pagoda. La maléfica sonrisa de Li-Sung lo recibió. Junto al enorme Budha, Joe vió el ataúd de cristal donde aguardaba el sacrificio de muerte la dulce Li y al observar la palidez de la pobre niña, sus ojos nubláronse de lágrimas.

—¿Lloras, maldito "pei"?... Esta es mi hija, la hija de la infiel. Ella pagará el pecado de la madre y cuando el dragón devore a la luna, morirá. El blanco destrozó mi vida, justo es que yo ejerza mi venganza contra la raza perversa...

El cañón diminuto brillaba en el ángulo del recinto. Una tenue humareda salía de su boca y se expandía por la pagoda con olor de incienso.

Li-Sung presionó un botón y el cañoncito giró sobre sus ruedas, dejando ver una abertura, lo suficientemente grande para que pudiera pasar la boa constrictor.

Joe apenas tuvo tiempo de encomendar su alma a Dios. La serpiente hambrienta se aproximó a su cuerpo, imposibilitado de todo movimiento y comenzó a enroscarse. Era una gigantesca boa constrictor, de más de diez metros de longitud y arrollábase con rapidez.

Joe experimentó una sensación de ahogo. Su respiración se hizo dificultosa; gruesas gotas de sudor mojaban su rostro. La boca de la serpiente alcanzaba ya la altura de su rostro. Joe Mc. Lean no tenía salvación. Quiso gritar, pero una opresión terrible se lo impidió. No pudo resistir más y cayó desvanecido a los pies del extático Budha.

XVII

¡JOE!.. ¡JOE!..

Y FINALIZA EL EPISODIO

Hoggs fué el primero en huir despavorido.

—¡La policía! ¡La policía! — gritó, presa del pánico.

La banda de chinos buscó la salida del lavadero, pero allí, apostados, hallábanse seis hombres. Otros seis penetraron en la pagoda.

Era en el preciso instante en que Joe caía desvanecido. Dewar, el menor, dió muerte a la serpiente y en seguida, con un trago de whisky trató de reanimar a Joe.

El ex sargento entreabrió los ojos y lo reconoció. Lloraba como una criatura:

—¡Queridos! ¡Mis queridos muchachitos!... ¡Gracias!... ¡Gracias!...

A poco llegaron los seis hombres que habían penetrado por el lavadero, en compañía de Dick. Los dos camaradas uniéronse en un prolongado abrazo.

Dewar, el menor, tomó la palabra:

—Li-Sung ha conseguido escapar, pero el resto de la banda, con el pecoso Hoggs, ha sido apresada. La dulce Li ya no morirá. La llevaremos ante la superioridad y el jefe dispondrá lo necesario para que no le ocurra nada. Por lo pronto, dos caballeros manchúes le ofrecieron desinteresadamente protección.

—¡Gracias a Dios! — murmuró Joe Mc. Lean. Y, en seguida, dirigiéndose a uno de los hombres, le preguntó:

—¿Cómo han llegado hasta aquí?...

—Porque teníamos orden de captura contra ustedes y los seguíamos para advertirles que no se dejaran agarrar.

—¿Orden de captura contra nosotros, Dewar? — interrogó sorprendido Joe.

—Sí, Mr. Mc Lean. Hemos recibido un despacho telegráfico de Mr. Gordon Burke.

—¿Estamos detenidos? — preguntó Dick.

—Los doce voluntarios de la policía montada — afirmó Dewar— quieren mucho y respetan a su ex jefe. Joe Mc Lean y usted, Dick, están en libertad. Si nos reprocharan esta actitud, renunciaríamos al Cuerpo.

Despidiéronse los muchachos y Joe y Dick echaron a caminar hacia la cabaña. Joe sufría todavía la trágica impresión de la boa

—Bueno — díjole Dick. — Ahora sólo nos queda ir en busca del tesoro escondido en la Ciudad de los Césares!...

XVIII

LOS TRES

EN LA AVENTURA DEL TESORO

En la cabaña de Bulding, la gente comenzaba a dar muestras de intranquilidad y Jimmy, que conocía íntimamente a Li-Sung, temía por los dos compañeros y a pesar de hallarse bajo el cuidado del judío Michael, hubiera jugado su vida por ellos. Pero, por suerte, Joe y Dick llegaron sanos y felices por haber libertado a la dulce Li. Después de narrar lo ocurrido, Joe dijo al Peliencendido:

—Jimmy, ya hemos cumplido nuestra tarea. La banda tenebrosa está ya a buen recaudo y dudo que Li-Sung solo, se atreva a proseguir su obra de exterminio. Lo más probable es que el amarillo huya en dirección a su patria. Ahora, debemos dedicarnos a estudiar la manera de iniciar la nueva aventura del tesoro.

—Iremos a la Ciudad de los Césares — afirmó Dick. — Pero, antes, será preciso estudiar detenidamente el legajo que guarda el secreto de la fortuna escondida.

—¿Quién es Tucapel? — preguntóle Joe a Jimmy.

—Tucapel — respondió el Peliencendido — es el descendiente de los Toquis. Nadie más que él sabe dónde está el tesoro. Y yo soy dueño del medio para hacer hablar al indio. Los tres planeaban la búsqueda de la riqueza de los Césares. Junto a ellos, Eleonor y el pequeño Jock escuchaban en silencio.

Los tres disponían del mañana, como si el mañana les perteneciera. No imaginaban que mientras soñaban con la ilusionada aventura, alguien maquinaba contra ellos un nuevo peligro. Porque no eran solamente Joe, Jimmy y Dick los que vivían con la obsesión del tesoro de la Ciudad de los Césares. No eran ellos y Mr. Burke solamente. Más obsesionado que ninguno era Mr. Nicholson. Y Nicholson, amigo del hampa y protector interesado de malhechores podía hacer fracasar la esperanza de todos.

En el cerebro del desconfiado ayudante de Mr. Gordon Burke, germinaba una idea criminal. De ella hablaremos en el próximo capítulo

...En el pasillo, misteriosos chinos fumaban sus pipas de opio...

Composición y dibujo ejecutado especialmente para esta novela, en la sección gráfica de CRITICA por Premiani.

EL TERCER EPISODIO SE [TI]TULA:

"LA MAQUINA INFERNAL"

No deje de leerlo en nuestras ediciones del próximo sábado.

















Breves Tragedias de la Vida Moderna

por JIMMY MURPHY

























La Cenicienta de la Vidriera

(Cuento para Niños :: de 6 a 80 años) ::



Permanecían inmóviles en la vidriera; una, con el atavío de novia; otra, con el humilde vestido de bombasí...

No tenía madre, ni padre, ni nombre de pila. Llamábanla simplemente "La Rubia", como la hubieran llamado "La Morena" si sus cabellos fueran de ese color.

Usaba un vestido ordinario de bombasí, a grandes cuadros, que más parecía un género de colchoneta; zapatos de cuero de carnero con un moño negro desprendido y gruesas medias de algodón.

Si la observáramos de atrás, diríamos que era una muchacha recién llegada, con destino de servicio doméstico. En cambio, de frente, podría confundírsele con una pobrecilla niña de familia venida a menos.

Sus mejillas eran rosadas, sus ojos azules con leve sombra de pestañas, la nariz graciosa, la boca pequeñita, las cejas cuidadosamente depiladas.

"La Rubia" permanecía la mayor parte del tiempo inmóvil, como si se hubiera eternizado en una actitud, con sus manos de cera, pálidas manos de doncella tísica, caídas a lo largo del cuerpo como si le pesaran demasiado.

En el rostro angelical de "La Rubia" insinuábase una sonrisa triste. La sonrisa de su destino de figura sin vida, de humillado maniquí de tienda. Porque "La Rubia" no era otra cosa que un maniquí.

En la vidriara de la casa Fernández y Cía., establecida en el año 1888 por Jesús y José Fernández, y regenteada en la actualidad por los ex empleados Pérez y García, "La Rubia" cumplía su profesión ofreciendo a los ojos del público, su trajecito de bombasí, sus zapatos de cuero de carnero, sus medias de algodón y el rosado ingénuo de sus mejillas.

"La Rubia" era la muchacha del presente eterno, la muchacha sin vejez, sin ayer y sin mañana. El tiempo, que como su actitud era inmóvil para "La Rubia", pasó presuroso por la casa de modas y borró de la vida a sus dueños Jesús y José Fernández, como borrará también tarde o temprano a los ex empleados Pérez y García.

"La Rubia" vivía al margen del tiempo. Quizás fuera ésta su tragedia. La tragedia de existir eternamente, de ver mudar paisajes, hombres y cosas, desde su indiferencia de maniquí.

Durante el día, desde que ascendía la cortina metálica que guardaba su sueño, "La Rubia" asomábase a la calle desde la vidriera de la casa de ajuares.

A su lado, feliz y risueña, otra muñeca de blanco destino de novia, lucía su atavío de tules y azahares en la espera de un amor que habría de llevarla al altar.

La muñeca del blanco destino de novia había eternizado también su dulce ilusión de criatura que va a desposarse. Junto al vuelo de su vestido de cola, un niño la custodiaba. Era un niño de cera que debió haber nacido ángel en algún cielorraso.

"La Rubia", sin mirada envidiosa, sonreía en su humildad de campesina o en su tristeza de primogénita de familia venida a menos.

Los ex empleados de la casa de modas, buscaban por el contraste del cuadro la atención del transeunte. Una muchacha pobre y una novia rica. Una jovencita con ropas de bombasí y una señorita con vestido de novia.

Aun cuando en la vidriera no se veía ningún letrero que dijera: "Está prohibido conversar", ni la muchacha pobre ni la novia rica despegaban sus labios pintados. Y tampoco el niño prendido a los tules de la moza casadera.

En las noches, el mandadero con vocación de dueño, pasaba el plumero sobre los inanimados seres de la vidriera. Pasaba el plumero sobre la sonrisa de "La Rubia"; sobre la felicidad inefable de la novia y el contento del chiquilín nacido en paraíso de cielorraso.

El mandadero era un muchacho fornido que había sido mozo de mulas en su lejano pueblo y se había largado a la aventura de América con sueño de indiano. En su corazón hecho a rudas faenas, el mandadero ocultaba primitivos sentimientos de v[illegible]nza. Odiaba al superior, dorando su odio con gesto adulón; sufría [illegible] miseria y más sufría la riqueza y el bienestar de los [illegible].

Esa noche, sentado al borde del mostrador que le servía de lecho, dióle por observar la vidriera. Encendió las [illegible]ces y con la mano apoyad[illegible]ón permaneció largo rato en muda contemplación. Al [illegible] boste[illegible] con ruido, dijo:

—Es una injusticia. Siempre lo mismo. La una, pobre y miserable como la hermanita que tengo en la aldea. La otra, [illegible]ozosa en su lujo de novia.

El mandadero preguntó la voluptuosidad de su odio. Iba a vengarse en el maniquí dichoso. Iba a conformar su rabia de sirviente condenado a soportar el capricho del amo.

Sin apresurarse — tenía a su disposición toda la noche — dirigióse a la vidriera y corrió sus cristales. Alzó entre sus brazos el cuerpo de la muchacha vestida de bombasí y lo depositó en el suelo. Lo mismo [illegible] la novia del rostro inefable.

A media noche terminó su tarea y volvió a ubicar a las muñecas sobre la tarima alfombrada de rojo. La moza humilde lucía el lujoso ajuar de novia; la novia, las ropas de la campesina.

Satisfecho su afán, el ex mozo de mulas echóse a dormir sobre el mostrador. Al poco rato dormía con sueño de buey cansado.

A la mañana siguiente, cuando se arrojó del improvisado lecho, al contemplar la vidriera, el espanto lo clavó en el sitio donde se hallaba, impidiéndole el menor ademán. Allí, sobre la alfombra roja, yacía "La R[illegible]stida de novia. Dos lágrimas de cera iluminaban sus mejillas. Estaba muerta. La había matado la felicidad del engaño. La felicidad que jamás había llegado hasta la desdichada cenicienta de vidriera.

FOOTBALL CALLEJERO

—Tú entras a preguntar por la pelota como si no hubiera pasado nada.

(De "London Opinion")

HIJO DE FABRICANTE



—¡Mi papá me ha pegado!

—Es que los padres, querido, deben castigar a sus hijos de vez en cuando.

—Sí; pero es que mi papa no es como los demás. Es fabricante de bastones.

(De "Pages Gaies", de Yverdon)

El Ingenio de un Mujik

En medio de la plaza de la ciudad había una enorme piedra que impedía la libre circulación.

Las autoridades llamaron a los ingenieros y les preguntaron si podrían sacar de allí el estorbo y cuánto costaría.

Uno dijo que sería necesario volarla con pólvora y después transportarla, todo lo cual podría costar sus ocho mil rublos. Otro dijo que arrastrándola lejos podría rebajarse el gasto a seis mil rublos.

Un mujik habló entonces:

—Si a mí me dan cien rublos, la piedra desaparecerá.

Se le preguntó cómo haría.

Y respondió:

—Cavando un gran hoyo cerca de la piedra, luego haría que ésta cayera en el agujero y acto seguido igualaría la superficie.

Dejósele hacerlo. Y el mujik recibió doscientos rublos, la mitad de ellos como premio a su ingeniosa idea.

El Bufón del Rey

Triboulet, bufón de la corte, se quejó al rey Francisco I de que un alto personaje le había amenazado con su bastón, anunciándole que le mataría a golpes en cuanto volviera a hablar de él.

—No tengais cuidado — le dijo el rey. — Si alguno se atreve a mataros, le haré ahorcar un cuarto de hora después.

—Señor — le replicó Triboulet — ¿no sería mejor un cuarto de hora antes?...

¿A dónde va?...



El piloto, al pasajero distraído:

—Pero ¿a dónde va usted, hombre? ¿Se puede saber?...

La Fuerza y la Inteligencia



Ilustración de Guida

El gigante lanzó un gemido: —¡Capataz! ¡Me he destrozado la mano!

Unos pobres mujiks estaban talando un bosque bajo la mirada atenta del capataz, un hombrecillo pequeño y delgado.

Los mujiks eran altos, fuertes, robustos. A la hora del descanso, Boi, el más gigantesco de todos, se acercó al capataz.

—¡Capataz! — gritó. ¿Te enojarás si te digo lo que pienso?

—¡Ah! ¿Piensas algo? No me enojaré, habla.

—Que siendo tu tan poca cosa y nosotros tan fuertes nos dejemos mandar por tí.

—Es que yo represento la inteligencia y vosotros la fuerza, nada más.

—No te entiendo.

—Vas a entenderme. Como ves, pongo la mano encima de este tronco de abeto. Ahora tú cierras el puño y me das en ella con toda tu fuerza.

—Eso no, capataz. No me pidas eso. Te destrozaría la mano.

—Te digo que lo hagas, no tengas miedo.

—No, no, capataz; te haría polvo la mano.

—¡Te lo mando!...

Y el gigante ruso bajó la cabeza y concentrando toda la fuerza en el puño, pegó. El capataz retiró prestamente la mano del tronco, y el puño del gigante fué a caer sobre la madera.

El gigante lanzó un gemido.

—¡Capataz!... ¡Me he destrozado la mano!...

—¿Lo ves?... Ahora, he sido yo la inteligencia. He retirado la mano para que fueses tú, la fuerza, quien recibiese el daño. ¿Comprendes?...

—Sí, capataz; sí.

El gigante, a pesar del terrible dolor, quedóse satisfecho porque había aprendido algo. Sabía lo que era la fuerza y la inteligencia.

Una vez curado, púsose a charlar delante de otro gigante compañero suyo.

—¿Tú sabes lo que es la inteligencia y lo que es la fuerza?...

—No. Explícamelo tú.

—Pues verás. Yo pongo la mano encima de un tronco. ¿No hay aquí ningún tronco? Bueno, es igual. La pongo sobre mi cabeza. ¿Ves? Pues ahora tu cierras el puño y das un golpe con toda tu alma.

—¡No, hombre!... ¡Te lastimaré!...

—¡Te digo que no!... ¡Pega sin miedo!...

Y el segundo gigante ruso dió un golpe formidable.

El primero quitó vivamante la mano, pero, como el puño de su compañero cayó como una maza sobre su cabeza, el desdichado gigante rodó por el suelo.

El segundo gigante rió de buena gana. Era también la fuerza, pero, había presenciado la escena anterior y pudo burlarse de su camarada.

La Ultima Gota del Agua de la Vida

Buscaba un lugar seguro donde esconder el saco repleto de oro

En un bosque muy frondoso y solitario un hombre viejo tanteaba el terreno con un bastón y dirigía la vista en torno suyo mirando el suelo y los huecos de los árboles centenarios.

Buscaba un lugar seguro donde esconder el saco de monedas de oro que, con gran trabajo, llevaba en la espalda, y que era lo que más amaba en el mundo.

El pavimento de su casa estaba ya lleno de dinero allí enterrado; ya no cabía más; era preciso enterrarlo en otro sitio, en otro sitio bien extraño, bien oculto, donde nadie se lo pudiera robar.

Porque Samuel, que así se llamaba el viejo avaro, amaba tanto el dinero, que por dos cuartos hubiese vendido su alma al diablo, si éste hubiese caído en la candidez de comprar lo que ya era suyo.

Y he aquí que, cuando más ocupado estaba Samuel buscando un escondrijo, se le apareció de pronto, sin que él supiera cómo ni de dónde había surgido, una hermosa hada. Iba envuelta en girones de nubes, que hacían su vestido más sutil de las gasas, y en la cabeza llevaba una corona de rayos de sol, en que multitud de gotas de rocío hacían el efecto de claros brillantes.

El avaro, creyendo que iba, con su inmenso poder, a quitarle su tesoro, se abrazó al saco de dinero como si fuera un hijo de sus entrañas y se puso a llorar como un Jeremías.

—¡Imbécil! — le dijo el hada. — ¿Qué me importa tu oro si tengo todo el que quiero, y aun me sobra? Mas, no obstante tu imbecilidad, quiero concederte un don, pues has de saber que te estoy muy agradecida. Tocando con tu bastón la roca que me aprisionaba, acabas de desencantarme...

—¿Y váis a darme oro? — preguntó Samuel.

—No; algo mucho mejor.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Pero es que hay algo mejor?

—Tú juzgarás. Toma este frasquito que contiene el "agua de la vida"; cada gota de esta agua que bebas alargará un año tu existencia, aun cuando estés en la agonía. El frasco contiene trescientas gotas; por lo tanto, te doy tres siglos de vida.

Samuel tomó con mano temblorosa el precioso regalo del hada, y ésta desapareció, dejando tras de sí una estela de luz.

El anciano Samuel permaneció un buen rato contemplando el lugar en que se había esfumado la aparición y restregándose los ojos para convencerse de que no tenía telarañas en ellos. El frasquito, lleno hasta rebosar de transparente líquido, que en la mano tenía le demostraba claramente que no había sido sueño, sino realidad la visita del hada y su regalo.

Al fin, repuesto de su asombro, el anciano avaro se apresuró a enterrar el oro que a la espalda llevaba, y volvió a la ciudad, anunciando a cuantos quisieron escucharle que poseía un agua maravillosa que alargaba la vida..., y que el precio de cada gota era de cien monedas de oro.

En cuanto los viejos más ricos se enteraron del prodigio, acudieron, en más número que las abejas de una colmena, a casa de Samuel, el avaro, que pronto despachó casi toda el agua de la vida.

En casa de Samuel el oro rebosaba. Samuel se revolcaba en los montones de oro que con las monedas formaba, frenético de alegría y deseando, en su avaricia, cada vez más, más....

Pero su salud se resentía. Como era viejo, no tenía ya ni vista para reconocer las monedas, ni inteligencia para contar tanto dinero; y, a pesar de esto, no se atrevía a beber ni una sola gota del precioso líquido, que había ya alcanzado un precio inestimable: ahora se vendía cada gota en un millón. Y sólo los reyes y los príncipes las podían comprar.

Al fin no quedó en el frasco prodigioso más que una sola gota del "agua de la vida", Samuel agonizaba sobre los altos montones de oro. Verdad era que tenía su salvación en el frasquito del hada.... que podía alargar aún un año su vida... mas... ¿cómo iba a atreverse si aquella gota de agua valía un imperio?

Cuando ya estaba en el estertor de la muerte se decidió a bebérsela... pero en aquel moment[illegible] llamaron a su puerta. Era el [illegible]dor más poderoso y más [illegible] del mundo que llegaba a [illegible] su imperio en pago de aquell[illegible]tima gota de "agua de vida" el avaro se la vendió.

Y en el instante mismo en que firmaba el trato, el avaro exhaló el último suspiro.

La Hormiga, la Paloma y el Cazador

(De Esopo)

Sucedió una vez que una hormiga fué arrastrada por la corriente de un regato en el que se había detenido a beber. De modo que la sed abrasadora que tenía, estuvo a punto de hacerla perecer ahogada. Por dicha suya pasaba por allí una paloma y compadecida de la pobre hormiga le tiró una rama del árbol más próximo, a fin de que subiéndose en ella, pudiera salvarse.

Al otro lado del río un cazador preparaba su arma para matar a aquella paloma inocente, más la hormiga, adivinando su intento, se acercó al cazador despacito y le picó tan fuerte que el hombre no pudo por menos de tirar el arma al suelo mientras la paloma tenía tiempo de volar librándose así de una muerte segura.

El agradecimiento es uno de los mejores dones.

LA SUERTE DE LAUCHA

Hazañas Cinematográficas — por Lym Young

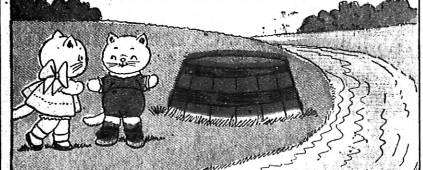


ESCALOPE Y SEVERINA

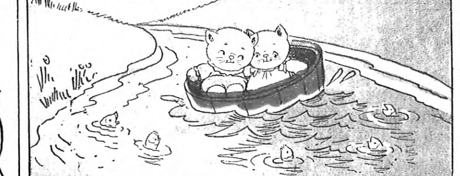
Los Humildes Servidores de un Gran Hotel — por Jack Lait y Paul Fung







MICIFUZ Y MININA FUERON A DAR UNA VUELTA...

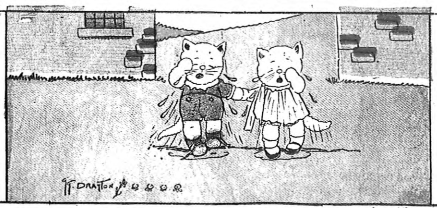














MOCITO Y PALOMINA

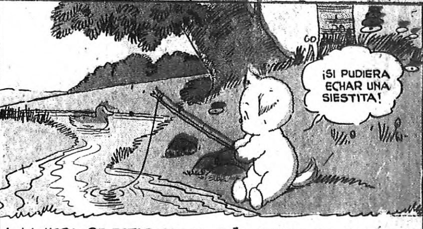
por G. G. DRAYTON
Creador de esta historieta



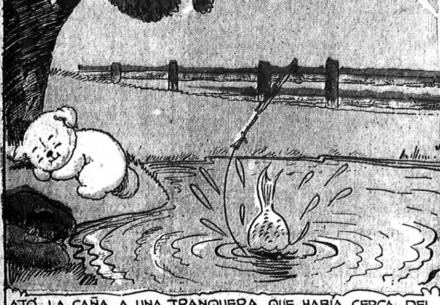
UN DÍA PALOMINA LE DIJO A CONFITE "ANDÁ A PESCAR ALGO PORQUE NO TENEMOS QUÉ COMER."



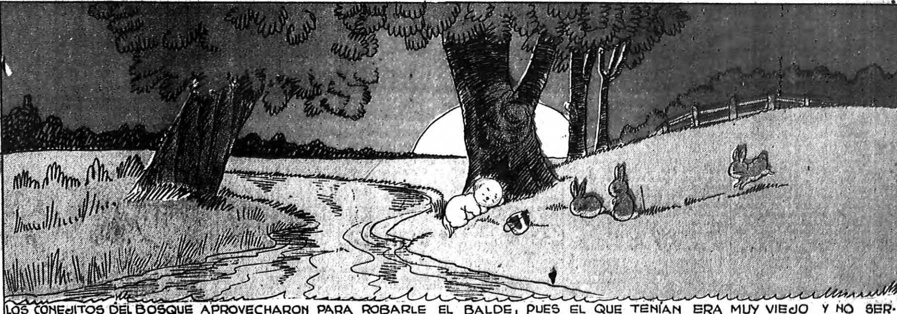
CONFITE EMPRENDIÓ EL CAMINO DEL RÍO, QUE QUEDABA MUY LEJOS, DISPUESTO A VOLVER CON ALGO...



A LA HORA DE ESTAR CON LA CAÑA ENTRE LAS PATITAS, NINGÚN PEZ HABÍA PICADO Y EL POBRE SE MORÍA DE SUEÑO



ATÓ LA CAÑA A UNA TRANQUERA QUE HABÍA CERCA DEL RÍO Y SE QUEDÓ DORMIDO



LOS CONEJITOS DEL BOSQUE APROVECHARON PARA ROBARLE EL BALDE, PUES EL QUE TENÍAN ERA MUY VIEJO Y NO SERVÍA PARA LLEVAR AGUA.



CUANDO CONFITE DESPERTÓ, DOÑA LECHUZA LE DIÓ UN BUEN RETO...



SIN EL BALDE NI LA CAÑA, QUE TAMBIÉN HABÍA DESAPARECIDO, REGRESÓ...



CUANDO EN ESO SINTIÓ RUIDO ENTRE UNAS RAMAS...... ALZÓ LA VISTA.......



Y VIÓ UN BRILLANTE PESCADO SALTANDO ALEGREMENTE Y CANTANDO LA CANCIÓN NACIONAL DE LAS SARDINAS GUERRERAS...



PUDO LLEGAR A TIEMPO, PUES PALOMINA LO ESTABA ESPERANDO.....



SE PUSIERON A LIMPIARLO MIENTRAS EL FUEGO CHISPORROTEABA. CONFITE SE DABA UN CORTE BÁRBARO....